

## ***Los métodos terroristas en la organización sindical***

**Emilio Ruiz**  
**Febrero de 1933**

(Tomado de AAVV, *Revista Comunismo (1930-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 414-418, que reproduce el artículo publicado en *Comunismo*, número 21, febrero de 1933.)

Desde hace unos meses a esta parte se hacía evidente para todos los que militamos en las organizaciones sindicales españolas, que la CNT, dirigida y bajo la hegemonía de los elementos faístas, no había aprendido nada de sus pasadas luchas y recaía en los métodos de tipo individual y terrorista, que la habían conducido al fracaso más completo en el pasado. Hechos recientes nos demuestran de una manera concreta y dolorosa que los métodos revolucionarios peculiares de las organizaciones sindicales se tratan de hacer sustituir por procedimientos del más completo y estéril aventurerismo revolucionario. Dejarse conducir por razones de índole sentimental y admiración íntima hacia el valor personal es un error profundamente grave, del cual paga las consecuencias el porvenir del movimiento obrero. El putschismo faísta es nefasto y peculiar de la impotencia de la teoría anarquista para plantear y desarrollar una línea revolucionaria consecuente. La CNT está gravemente amenazada de descomposición si no reacciona a tiempo contra los métodos terroristas de grupos.

Si la acción anarquista en todos los países se caracterizó hasta la guerra, y principalmente hasta la revolución rusa, por sus métodos de terrorismo individual, es lógico que estos procedimientos preferidos de los anarquistas se reflejasen al intervenir ellos, sin hacer dejación de sus principios individualistas básicos, en la organización sindical. No era fácil que del día a la mañana abandonasen sus concepciones, que, por otra parte, se fundamentaban en una incomprensión absoluta de la virtualidad de la acción revolucionaria colectiva de las masas. El terrorismo anarquista es en el fondo una forma del escepticismo sobre la actuación de masas obreras; se duda del espíritu de combate inherente a la lucha de clases y se busca la fórmula en el sacrificio individual. Es un intento de personalizar la lucha de clases.

A últimos del siglo pasado y a comienzos de éste, la acción del anarquismo se distinguía por sus métodos terroristas. De vez en cuando un regicidio, el atentado contra una elevada personalidad política, producía pánico en la sociedad burguesa de la época y daba pretexto para la “caza del anarquista”. Casi siempre el autor era un solitario; frecuentemente, un místico. Separado de la acción colectiva de los elementos progresivos de la sociedad, hacía el sacrificio de su vida en holocausto de la “humanidad doliente”. Era santificado por sus camaradas y expuesto como ejemplo de odio imperecedero por la burguesía egoísta y explotadora.

El anarquista era generalmente un producto de los países europeos donde el bakuninismo había calado hondo. Era un reflejo del misticismo aventurero del gran padre de la doctrina. La sobrestimación del factor “hombre” sobre el factor “proletario” y, por lo tanto, el prevailecimiento de la lucha contra la “tiranía del hombre” sobre la lucha contra la “tiranía de clase”, conducía al anarquismo al terrorismo individual. El marxismo ha afirmado siempre que, a final de cuentas, el anarquista, filosóficamente considerado, es sólo un liberal extremista. La semejanza de estos métodos con los de la pequeña burguesía radical son una demostración de ello.

Poco antes de la gran matanza capitalista de 1914, el anarquismo y, como es natural, también sus métodos terroristas, sufrían una fuerte depresión. En primer lugar, había contribuido a ello el sindicalismo o, si se quiere mejor, el anarcosindicalismo. Fue en Francia primero donde se produjo la gran escisión: los que veían únicamente el desarrollo y la victoria de sus ideales a través de las masas sindicales y los que seguían aferrados a hacer del anarquismo meramente una secta filosófica, resistiéndose a aceptar cualquier autoridad que fuera, incluso la dimanante de los acuerdos de las asambleas. Por otra parte, los avances del socialismo, la educación de las masas obreras en los principios del marxismo revolucionario contribuía a minar las utopías terroristas del anarquismo y a creer exclusivamente en la acción colectiva, tanto nacional como internacional, de los trabajadores. El anarquismo se encontró ante la disyuntiva de renovarse o perecer. Y así fue. La mayoría de los antiguos anarquistas que se resistían a reconocer la acción sindical penetraron en los sindicatos.

Pero el cambio fundamental se produjo al estallar la revolución rusa y al acabarse la guerra. El anarquismo, en plena crisis de desarrollo y de doctrina, fue impotente para encauzar en un sentido coherente la acción revolucionaria de las masas obreras. La guerra había puesto de relieve la propia quiebra de sus principios. Sus jefes más eminentes (Kropotkin, Malato, Grave, etc.) se habían subido a la trasera del carro guerrero. Era natural que así sucediera; rebosando de sentimentalismo, el anarquismo está expuesto a todas las reacciones, por absurdas e impolíticas que sean, de un liberal radical sensiblero. Reacios a comprender la dinámica de la lucha de clases, aunque como proletarios instintivamente la sientan, prevalece en ellos el sentimiento “humanista”. Y el espíritu “humanista” se había hecho aliadófilo y guerrero.

Basta mirar actualmente la prensa burguesa europea, a excepción de la española, para convencerse de que el anarquismo ha dejado de inspirar terror a la burguesía. Los linotipistas alemanes, franceses, ingleses o balcánicos rara vez tienen que teclear la palabra anarquista; pero las matrices de las letras que forman la palabra comunista están ya desgastadas del constante uso. El anarquista puro, o se ha recluso en cenáculos literarios, dejándose melena y usando chalina, o se ha convertido en inofensivo vegetariano, desnudista o teósofo, o se ha hecho comunista.

La evolución del anarquista al anarcosindicalismo o, mejor dicho, la aceptación por los anarquistas de la organización sindical se operó en los países europeos (por ejemplo, en Francia y España) de distinta manera, derivada de la época en que la transición se produjo. En Francia la mayoría de los que aceptaron el sindicalismo revolucionario desecharon definitivamente algunas de sus fundamentales concepciones anteriores. Los anarquistas puros e intransigentes siguieron negándose a admitir la coacción que, según ellos, supone la aceptación de la disciplina sindical. Cuando los anarquistas en España tenían la hegemonía absoluta de una potente central sindical, ya sus colegas franceses habían derivado hacia el más descarado reformismo. Pero también es cierto que cuando esto sucedía, es decir, al final de la guerra, el espíritu revolucionario de las masas obreras estaba en franca tensión. Fue esta serie de circunstancias lo que determinó la incorporación definitiva de todos los elementos anarquistas a la CNT.

La CNT fue fundada en 1911, en el mes de setiembre. Hasta el invierno de 1918, en que se celebró en Barcelona una Conferencia Nacional Anarquista, bastantes libertarios no militaban en calidad de tales en el movimiento confederal. En esta asamblea se trató esencialmente de la intervención de los anarquistas en el movimiento obrero. Asistió a la asamblea como informante un delegado de la CNT. Manuel Buenacasa, a propósito de este comicio, dice en su libro *El movimiento obrero español*: “Y la asamblea, oídas las explicaciones y deseos de la confederación, decidió recomendar a todos los obreros libertarios de España su ingreso y su participación inmediata y directa en las

entidades de trabajadores. Hasta entonces habían sido muchos los anarquistas que se hallaban al margen de las organizaciones obreras, y muchos también los que, a pesar de pertenecer a ellas, estaban ausentes de las juntas y cargos de responsabilidad”.

Como se ve, coincide con la intervención directa de los anarquistas en la CNT la intensidad del movimiento revolucionario obrero. Sin transición alguna, los anarquistas se encuentran al frente de los sindicatos; pero de sindicatos con miles y miles de miembros. Entrenados meramente en la especulación seudofilosófica, en la acción individual o en el terrorismo, llevan al movimiento sindical su desconocimiento de la acción de masas y su estimación por métodos de la pequeña burguesía extremista. Precipitadamente se suceden los acontecimientos, y ni siquiera los anarquistas que se incorporan a la CNT tienen como sedante la experiencia que la lucha sindical produce.

En 1919 los efectivos confederales sólo en Cataluña se calculan en 400.000. La burguesía española se encuentra en pleno esplendor económico. Las huelgas obreras se suceden por la conquista de reivindicaciones de carácter económico. El movimiento de masas es tan arrollador que los anarquistas no aciertan a dotarle de métodos eficaces de combate. Para ellos, en su simplismo, no existe más que un procedimiento de lucha: la acción individual de grupos audaces. Y los elementos dirigentes se lanzan a este sistema de combate. Es el período del barbarismo desencadenado, y que hay que esforzarse por todos los medios para que no vuelva. Manuel Buenacasa nos describe aquel período en la siguiente forma: “Medio millón de cotizantes solamente en Cataluña llenan las cajas de los sindicatos; los ambiciosos, los cabezas calientes (como diría Mella) y los granujas ven llegado el momento de hacer de las suyas. Todos, todos nos vemos envueltos en el sucio torbellino e imposibilitados de reaccionar contra la ola gigantesca de matones y vividores que dominan en aquel ambiente. Comienza en gran escala el asesinato de patronos, encargados, mayordomos, policías, esquirols, sin que la organización encuentre el medio de impedir las violencias innecesarias, elevadas ya a sistema. De entre los mil atentados producidos son muy pocos los que pueden calificarse de hechos revolucionarios; los sindicatos no pueden desprenderse de aquellos pistoleros, que acaban por exigir una soldada por su “trabajo”, y, en ciertos casos, aunque pocos, a adueñarse de la dirección de algunos organismos importantes”.

La actuación de los llamados grupos de acción en el período máximo de apogeo de la CNT, antes de la Dictadura de Primo de Rivera, ha causado al movimiento confederal más daño que las propias represiones gubernamentales. Partiendo de la concepción simplista de depositar la confianza de la defensa de los intereses obreros de clase en minorías audaces, se creó la profesión del pistolero. No hemos de negar que en sus comienzos tuvieron móviles románticos, creyendo servir sinceramente la causa de la revolución social. Pero lo cierto que en la mayoría de los casos degeneraron hasta convertirse en vulgares delincuentes. No fue esto lo peor. Sino que incluso desplazaron de la dirección a los anarquistas sanos, que reaccionaban contra semejantes métodos. Llegaron a imponerse por completo en el seno de la confederación. Peiró, en su obra *Trayectoria de la Confederación Nacional del Trabajo*, llega a negar que los anarquistas tuvieran la dirección efectiva de los organismos confederales. Dice lo siguiente: “Los audaces y los insurgentes, sí; éstos han tenido la mayoría de los puestos en las directivas del Confederación Nacional del Trabajo. Pero los anarquistas conscientes, los equilibrados y responsables fueron minoría en las organizaciones”.

Aunque hemos hecho referencia a dos obras de Manuel Buenacasa y Peiró, no es, ni mucho menos, que tengamos por justas las opiniones actuales de ambos ex dirigentes de la confederación. Sin embargo, conviene advertir que dichos juicios están formulados varios años antes de adoptar su actitud reformista. Por otra parte, el reconocimiento del error no les exime de culpa. Al igual que Pestaña, unas veces por omisión y otras

deliberadamente, incitaron dichos procedimientos. Actualmente, al separarse de esos métodos, no es para adoptar una posición en consonancia con las necesidades vitales del movimiento obrero español e internacional. Cobijados aún bajo la diarrea palabrera lírica del anarquismo, tratan de conducir a éste a acuerdos y contubernios con las fracciones confusionistas de la pequeña burguesía radical. Con lo cual se confirma más nuestra estimación de que el anarquismo, por su propia incoherencia ideológica, resulta en la práctica una desviación de la doctrina liberal, que unas veces adopta un carácter de exageración extremista, como el terrorismo, y otras de lirismo impotente que da margen a la colaboración con sectores pequeñoburgueses.

La concepción amoral del anarquismo ante los problemas de toda índole de la actual sociedad, la negación de todo principio de honestidad en sí, sin sustituir ambas por una moral y una honestidad de clase, han hecho que, en todos los tiempos, pero más en el pasado que en el presente, los métodos anarquistas se convirtieran en un centro de atracción de individuos moralmente tarados. Refugiados en una amoralidad justificada filosóficamente, encontraban salida a sus hazañas de inmoralidad vulgar. El protagonista de *Entre lobos*, de Lorulot, y algunos otros personajes de la obra de este renegado, no son el producto imaginativo de un escritor, sino tipos reales que todos los militantes del movimiento obrero hemos conocido en los grupos anarquistas. Presentando un fuerte contraste, y en amable camaradería, se encuentran el místico utopista y el delincuente común, que nada tiene que ver con los ideales de redención humana. Lo que el místico concibe como medio al servicio de sus ideas, el aventurero lo aplica al sentido de sus ambiciones o de su holgazanería. En el aventurero suele encontrar siempre la policía su más eficaz colaborador. Los grupos anarquistas franceses fueron los que primeramente establecieron ciertos métodos de actuación que ahora parece que vuelven a estar de moda en España. La “expropiación individual”, que, pasados algunos años, había de tener desarrollo en nuestro país, halló sus exponentes teóricos en “L’Anarchie”, de donde salieron sus ejecutantes, es decir, la banda Bonnot-Garnier. Aquellos individuos eran idealizados más o menos conscientemente en los medios anarquistas. Cuando Souidy se suicidó tomando un veneno, su muerte fue comparada nada menos que con la de Sócrates, con gran escándalo de Sorel y Edouard Berth, que eran entonces los exponentes teóricos del sindicalismo revolucionario. Lo que en un principio estaba concebido a base de una ayuda económica al movimiento se convirtió después, ya degenerado, en un medio de vida para ciertas individualidades. Los mismos anarquistas sanos, propagadores y defensores de una doctrina moral, fueron superados por los advenedizos, que nada de común tenían con el más elemental principio ético.

Jean Grave, que a pesar de su falsa posición ha vivido más de medio siglo del movimiento anarquista francés, en su obra *Le mouvement libertaire* relata una serie de casos reveladores del ambiente en que en ciertas épocas se ha desenvuelto el anarquismo francés. Más próximo tenemos el caso, todavía tenebroso, del hijo de Léon Daudet y de los hechos de paroxismo histérico de la Berton, que comenzó su actuación con actos de violencia individual y ha terminado cayendo en el misticismo católico. De España podríamos citar casos, si no semejantes, parecidos. Durante la época culminante del terrorismo en Barcelona hemos visto militando en los sindicatos libres a antiguos pertenecientes al único. Recientemente, con motivo de un asalto llevado a cabo en Madrid, fue detenido un individuo, pistolero caracterizado, que, según parece, había estado en épocas anteriores al servicio confidencial de un comisario. Y leyendo el reciente libro del general Mola, ex director de Seguridad, se ve las grandes ligazones que durante los más graves momentos de la política española ha tenido la policía con ciertos medios anarquistas.

El espíritu sentimental y sensiblero que constituye la razón de ser de los anarquistas les conduce en muchas ocasiones a ofrecer toda su cordialidad y solidaridad al primero que llega. La introducción en los medios anarquistas, e incluso para las finalidades más peligrosas, es cosa fácil. Esta misma facilidad permite el acceso a los provocadores. La retribución del agente provocador está ligada al descubrimiento de hechos de violencia. Cuando éstos no existen, los provocan o los inventan. Es su sistema y su medio de vida.

El terrorismo en la organización sindical es de un carácter tan negativo y tan profundamente obstaculizador de la marcha revolucionaria, que se impone combatirlo con la mayor dureza posible.

EMILIO RUIZ

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)